

¿A tortas? No, gracias

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

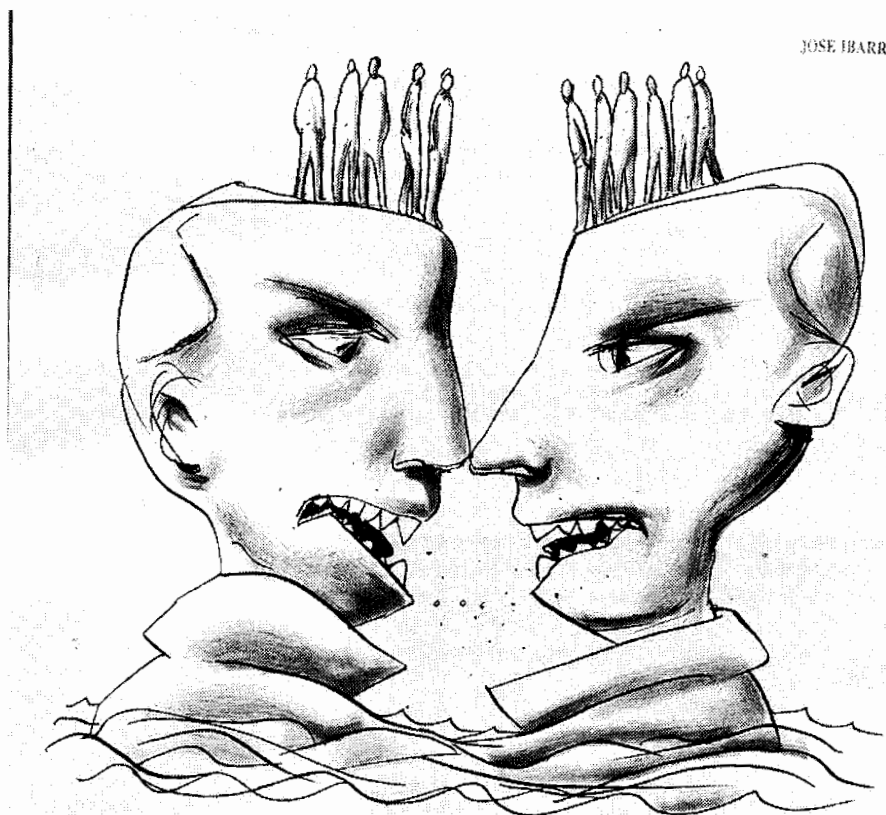
«Aquí quedan muchos candados por cerrar, no sólo los del sepulcro del Cid. También los de la incultura, la intransigencia, el rencor. Todos ellos se empezaron a poner durante nuestra Transición. Y, sobre todo, hay que buscar y aherrojar a modo el sepulcro de Caín»

DE entre las cosas que más me han chocado durante mis años de actividad política, tengo que destacar un comentario que he escuchado en más ocasiones de las que me hubiera gustado: ¿Cómo es posible que los políticos terminéis un debate y, después de ponerlos como un trapo, salgáis y os deis la mano? Créanme que hubiera entendido esta pregunta si viniese movida por la curiosidad hacia las tramoyas que sostienen tanto decorado. Pero no, las más de las veces lo he percibido en tono de franco reproche; lisa y llanamente se nos acusa de hipocresía.

No diré que no haya algo de ésta. ¿Acaso los usos sociales no están plagados de ella? Pero me duele particularmente que muchos tengan sensación de que el representar al pueblo manteniendo distintos prismas ideológicos o programáticos nos convierte en irreductibles enemigos. Gran parte de la culpa la tenemos nosotros, claro. Sobre todo cuando trocamos el debate serio por el griterío de gallinero, cuando nos asimos de la descalificación en vez del argumento. La verdad, no sé de qué nos quejamos a veces.

En cualquier caso, no puedo comulgar con quienes predicán el desencuentro personal. Convertir en trincheras las divergencias políticas es realmente peligroso. El caso es que en esta aberración los hay relapsos, pero bueno, sería de esperar que la mayoría fuese algo más prudente. Porque si a la condición de políticos llegamos a fuer de ciudadanos, y a ésta como personas, ciertos límites nunca deberían traspasarse, salvo que los cimientos estén sobre fina arena.

Para algunos, la cosa llega al punto de repudiar a quienes mantienen amistades personales con miembros de otros partidos y proyectan su buena relación y la cortesía necesaria en los debates políticos, e incluso son capaces de llegar a acuerdos beneficiosos para los representados. Me apena que algunos jóvenes cachorros y algunos recién llegados a la política opten por usar la testuz en vez de el seso, en una estúpida carrera por ver quién es más hiriente con el que consideran enemigo. A lo mejor esas maneras procuran recom-



pensar que no vienen por el regatillo de la seriedad y la prudencia. Ya sabemos que muchas de las cosas políticas fluyen por torrentes, no por apacibles cauces. Pero, mal que les pese, los malos modos no garantizan estar en posesión de la razón.

Dice Benigno Pendás que la política fracasa cuanto triunfa el dogmatismo. Y si hacemos caso de Gregorio Marañón, "la verdad no es del aplastamiento, sino del acuerdo, de donde surge". Si escuchásemos con algo más de atención al Rey cuando pide unión; si mirásemos más hacia el futuro (el camino está lleno de estatuas de sal); si recordáramos de vez en cuando las estrofas de "libertad sin ira", y cómo nos ponían el vello de punta; si no armásemos la discrepancia con odios; si algunos políticos se vieran forzados a pasar un test que detectara la tendencia a la histeria, es posible que evitáramos tener que darle la razón a Ramón Gómez de la Serna que, en una

de sus greguerías, sentenciaba que si nos conociéramos a nosotros mismos, dejaríamos de saludarnos.

En España queda mucha cultura democrática que mamar. No en vano, el trajín histórico que nos hemos traído no ha sido lo más favorable para la serenidad y el aburrimento de las sociedades estables, que tanto bien procura. Aquí quedan muchos candados por cerrar, no sólo los del sepulcro del Cid. También los de la incultura, la intransigencia, el rencor. Todos ellos se empezaron a poner durante nuestra Transición. Y, sobre todo, hay que buscar y aherrojar a modo el sepulcro de Caín. Tal vez entonces vayamos empezando a entender que el que está enfrente no tiene por qué ser un enemigo. Y que las personas educadas no tienen por qué dejar de serlo por el mero hecho de dedicarse a la política.

■ JUAN CARLOS FERNÁNDEZ es concejal en Zafra